

mar esta perniciosa libertad de examinarlo y de juzgarlo todo: vosotros sabéis que los dogmas no se discuten, porque están fuera de los límites de la razón. Y ¿qué provecho reporta la misma herejía de tales discusiones? ¿qué ventajas ha sacado de ellas bajo el respecto religioso del espíritu propio y del juicio particular?—Ella ha roto la unidad, cuyo lazo más sólido es la fe, y en su consecuencia, no teniendo ya dónde adherirse, y careciendo de un centro que la vivifique y la sostenga se ha fraccionado á sí misma en mil contradictorias opiniones y diversas sectas, como acontece á toda rama desgajada del tronco, que falta de savia, no tarda en secarse, descaecer y convertirse en polvo. Hé aquí á qué extremos conduce esa cacareada libertad; á la separación, á la disolución y á la muerte.

El segundo enemigo de la Iglesia es la filosofía. Aquí es menester, señores, que me comprendáis bien, y que no deis á mis palabras distinto sentido del que en sí tienen. Hablo de la filosofía, tal cual fue considerada en el siglo XVIII; pero no de la filosofía cristiana, de la verdadera filosofía, que estimo y amo profundamente, á la cual he consagrado casi mi vida entera, y aun sigo dándole culto con afectuoso cariño. Esta filosofía no es contraria de la Iglesia, antes bien es su más sumisa amiga. La filosofía enemiga de la Iglesia es la que declarándose plenamente independiente, y no reconociendo ninguna autoridad superior, pretende juzgarlo y explicarlo todo, así en el orden natural como en el sobrenatural; la que, elevándose por encima de todo, y declarándose juez universal, ya que no la misma autora de la verdad, niega lo sobrenatural, y no admite otros dogmas que sus propias opiniones y las verdades que le es dado explicar. Merced á esto, semejante filosofía, ya explícita ó implícitamente, de una manera directa ó indirecta, en público ó en secreto, se convierte en pépetuo contradictor de la Iglesia.

Explícita, directa y abiertamente. ¡Sea en buen hora! Esto vale más; es más claro y más sincero: así podremos saber á qué atañernos, y combatir á la luz del día. Pero no siempre toma la filosofía esta actitud independiente y franca: á veces se reviste con la piel de la oveja para introducirse con más holgura en medio del rebaño, sin alarmar al pastor. Aparenta amar á la Iglesia ó respetarla al menos, ya que no protegerla, tomando á las veces su lenguaje y sus formas, pero reservándose el derecho de dar á las palabras la significación que le place é imponer á los símbolos las

formas é ideas que le convienen. Sin embargo, bajo esta apariencia respetuosa, no existe la menor realidad de verdadero respeto. La filosofía que halaga de esta suerte á la Iglesia porque la considera como una potencia con la cual se debe contar, la detesta interiormente porque la teme, la desprecia porque no cree en su autoridad, y combate sordamente su enseñanza y sus doctrinas así en la teoría como en la práctica. Su máxima fundamental es que la razón está por encima de los dogmas, como la voluntad humana lo está sobre toda autoridad; que los dogmas cristianos no son la última expresión de la verdad, y que sobre estas fórmulas inferiores, sobre estas expresiones puramente humanas, obra exclusiva del sacerdocio y de la teología, existe la verdad pura, la idea en todo su esplendor metafísico, que es el objeto de la filosofía y el dios del filósofo. Á este solo compete la contemplación, la visión de la verdad pura y de la idea, y por consiguiente á él solo le está reservada la verdadera ciencia, que es igualmente el verdadero culto y la religión única; pero al vulgo de los hombres, á todos aquellos que no tienen fuerza bastante para llegar á la intuición filosófica, á las almas débiles, á los hombres de imaginación, á los corazones sensibles, á las mujeres y á los niños queda la Religión cristiana con su aparato de fórmulas dogmáticas y de preceptos morales, que también expresan parcialmente la verdad, de una manera oscura y en forma de enigma, aunque admirablemente proporcionada á su flaqueza, y, si se quiere, á su imbecilidad.

Ahora comprenderéis, señores, por qué semejante filosofía acusa á la Iglesia de enemiga de la libertad; y es que la Iglesia le impone un yugo que le importuna, la autoridad del dogma. En una palabra, la Iglesia le incomoda, y por eso la filosofía quiere desembarazarse de ella, y como no puede matarla, se empeña en calumniarla, queriendo al menos desacreditarla en la opinión de los pueblos, destruir su influencia y robarle la estimación y el afecto de los hombres.

Resta un tercer enemigo de la Iglesia, y que por todas partes la va presentando como contraria de la libertad. Este enemigo, señores, es el espíritu de desorden, ora en las cosas públicas, ora en las privadas. En el terreno de las cosas públicas se llama espíritu revolucionario; en el de la vida privada, espíritu mundano.

Llamo espíritu revolucionario al que procura, provoca y excita las revoluciones por cuenta y en interés de las pasiones huma-

nas; al orgullo, la ambicion, la avaricia y la sensualidad que quieren saciarse beneficiando la cosa pública. Los que se encuentran agitados de estas aviesas pasiones reclaman con ahinco su lugar y su parte en la fortuna comun, que concluyen por confiscar en provecho propio siempre que pueden lograrlo. Ellos exigen el lugar mas alto y la parte del leon, y para conseguir ambas cosas, remueven, agitan y trastornan el orden establecido; á fin de hacer hueco donde colocarse. Para el espíritu revolucionario todos los pretextos son útiles y todos los medios buenos.

Este espíritu es el enemigo de la Iglesia, porque lo condena y lo combate. La Iglesia, esencialmente conservadora, depositaria de la tradicion y que no avanza sino apoyada en lo pasado, es enemiga de la agitacion sin medida y del movimiento sin objeto: hija del cielo, animada del espíritu de dulzura y de caridad, tiene horror á la caprichosa turbulencia de las pasiones y al ciego arrebató de la fuerza. Cuando marcha, quiere hacerlo tranquila y seguramente, y encaminándose hácia una verdad: no rechaza el progreso, pero lo quiere sólido y bien dirigido. Por lo mismo no puede pactar con el espíritu revolucionario, contrario de todo esto, y que solo desea el éxito del momento y el provecho que puede reportarse. Esta es la razon por qué la Iglesia le importuna; ella le importunará siempre, y perpétuamente la encontrará en su camino para contener sus tendencias desordenadas y sus funestas agitaciones. Y despues de esto, ¿os maravillaráis de que el espíritu revolucionario calumnie á la Iglesia?

Quédanos, por último, el espíritu mundano, que clama tambien contra la Iglesia motejándola de contraria á todo lo que es liberal. Están dominados de semejante espíritu esos hombres del mundo imprudentes y ligeros, que, no buscando otra cosa mas que el interés y el placer, toman la vida por un pasatiempo, solo piensan en divertirse y gozar, estimando y amando todo aquello que sirve á sus deseos, al paso que temen y desprecian cuanto les es opuesto. Tambien á estos les importuna la Iglesia, solo porque existe, pues les recuerda sin cesar lo que hay de grave en la vida, en la muerte y en la eternidad: les importuna con sus dogmas, que confunden su flaca razon; les importuna con sus milagros, que les recuerdan la intervencion sobrenatural de Dios en los negocios humanos; les importuna con su moral y su disciplina, que condenan la vida ligera y relajada; les importuna con su palabra, que algunas veces les perturba la conciencia; les importuna por último con

el freno que pone al cinismo de su inteligencia, á la licencia de su corazon y á los desórdenes de sus costumbres. Verdaderamente, no es de admirar que semejantes gentes tengan odio y desprecio á la Iglesia.

Hé aquí, señores, cuántos son los enemigos de la Iglesia: la herejía, la filosofía, el espíritu revolucionario y el espíritu del mundo. ¡Cuántos hombres, grandes y pequeños, sábios é ignorantes, cuántos príncipes y pueblos están coligados en un interés comun para conspirar contra la Iglesia y calumniarla! No debe, pues, sorprendernos que se levanten tantos clamores, y resuenen tan léjos, y que ande tan extendida por el mundo la preocupacion de que la Iglesia es contraria, es hostil á la libertad.

Y ¿cómo la combatirémos? De dos maneras: por medio de la discusion y con los hechos. Reclamamos la discusion, la libre discusion con todos los recursos que le prestan la palabra y la imprenta. La Iglesia la necesita hoy dia como en los tiempos de su nacimiento y en los primeros siglos del Cristianismo. Hoy como entonces tiene que defenderse contra las acusaciones del siglo y ha menester de apologistas: hoy como entonces tiene que destruir mil errores que por todas partes la acosan, procurando derribarla para ocupar su lugar, y necesita de la libertad para combatir. El palenque está ahora en la publicidad, y la lucha se sostiene al aire libre en presencia del pueblo. Por lo mismo es necesario que la Iglesia tenga expeditos y desembarazados sus movimientos, así para el ataque como para la defensa, y que sus armas sean iguales á las de sus enemigos. Así pues, ella debe aceptar y reclamar la libertad de la imprenta con todos, ó mejor dicho, á pesar de todos sus inconvenientes, que son inmensos, bien lo conocemos, pero que en cambio ofrecen no menores ventajas. La imprenta es el arma del siglo, y como toda arma, puede ser buena y mala, segun el uso que de ella se haga. — En manos de la Iglesia será muy buena.

En la discusion que vamos á entablar, me propongo demostrar que la Iglesia católica léjos de ser enemiga de la libertad, como se supone, es su mas segura garantia. Para llenar nuestro objeto, bueno será que comencemos por decirnos qué cosa es la libertad política, considerada en sí misma, porque ¿cómo hemos de descubrir la relacion que existe entre dos términos, si estos no nos son conocidos de antemano? Así, pues, la idea de la libertad política, tal como el Cristianismo la entiende, será el objeto de nuestra in-

mediata conferencia. Despues pasaremos á demostrar que la Iglesia por su misma constitucion es, por decirlo así, la incarnacion de la libertad; que su espíritu es idéntico al de la libertad; que su dogma es su principio, su moral, su garantía, su constitucion y su disciplina, sus formas mas exactas y su expresion mas pura. Hé aquí lo que pretendemos exponer durante las presentes conferencias.

Empero, existe en los hechos una demostracion todavia mas poderosa y una prueba mas enérgica. Así es, que bien puedo decir: echad una ojeada por el mundo moderno, contad todas las libertades que ha conquistado, y ved de dónde le han venido. La libertad moral, fuente de todas las otras, oscurecida por el fatalismo de las religiones antiguas, y muy poco esclarecida por las teorías de los filósofos, fue proclamada á la faz del mundo por la doctrina cristiana de una manera tan evidente y tan firme que ya no duda de sí mismo el sentido comun de los hombres, é ilustrada con esta nueva luz la conciencia humana, se encuentra ya apercibida y asegurada contra los sofismas de la razon. La libertad moral, que es el alma del Cristianismo, ha llegado á ser el eje del mundo moderno. ¿Quién ha establecido la libertad doméstica, la libertad de la mujer, convertida en igual del hombre, de esclava que era entre los paganos hasta el punto de poder ser vendida como una cosa?—El Evangelio. La libertad de los hijos, sobre los cuales el padre tenia derecho de vida y muerte, pudiendo abandonarlos y matarlos como vil rebaño y propiedad suya, es hoy dia declarada por el Evangelio como propiedad de Dios, de la que el padre no es mas que un depositario responsable. Y ¿quién ha establecido la libertad del hombre respecto de los otros hombres?—Tambien el Evangelio. El Evangelio ha minado la esclavitud en sus fundamentos, siquiera la haya respetado como derecho adquirido y eventual, pues es propio de la influencia cristiana y de la accion de la Iglesia avanzar siempre, pero pausada y lentamente, por vias espirituales, por medio de resortes morales y con todos los recursos de la conviccion y de la persuasion. Esta marcha lenta, que ha menester tiempo y que no cuenta con los siglos, es sin embargo la mas rápida porque no se detiene hasta que llega al fin y no retrocede jamás. Y sino, contemplad la edad media con su exuberancia de vida, su florecencia de libertad y su efervescencia de repúblicas, y decidme, ¿quién ha provocado y sostenido todo este movimiento? ¿quién ha excitado y protegido todas estas

sociedades libres?—La Iglesia. ¿Quién las ha destruido?—El César.

Y viniendo á tiempos mas cercanos, contemplad esa Suiza católica que se ha emancipado tan valerosamente, y dado al mundo el ejemplo de la libertad mas democrática, unida á la fe mas acendrada y mas sumisa. Aquella Suiza primitiva, aquellos cantones libertadores tan orgullosos con su independencia política, como ufanos con su obediencia á la Iglesia, no han encontrado en la Iglesia un obstáculo para su amor y su entusiasmo por la libertad, sin que la fe haya trabado su corazon ó debilitado su ardimiento. ¡Oh señores! cuando considerando lo que se ha hecho otras veces en ese noble país bajo la influencia dominante de la Iglesia, veo lo que pasa hoy en él bajo el imperio de la herejía, no puedo reprimir la indignacion que se apodera de mi alma. ¿Qué ha sido de la libertad en esa region infortunada? ¿qué se han hecho la libertad de conciencia, la seguridad de las personas, el derecho de propiedad, la soberanía cantonal, y todos los derechos adquiridos á fuerza de tiempo, de sangre y de tratados? Todo se ha violado, despreciado y hollado con los piés, siendo lo mas lamentable el que la libertad haya perecido en nombre de la libertad misma. Una voz elocuente y cristiana acaba de denunciar estas abominaciones ante lo mas escogido de la Francia, y sus acentos valientes y patéticos, que han conmovido y llenado de indignacion á una gran asamblea, resonarán en toda la tierra. Es necesario que se sepa bien lo que es el falso liberalismo y de cuánto es capaz; es necesario que quede bien sentado que la libertad que apela á la violencia y que quiere triunfar por medio de la fuerza no es verdadera libertad, sino licencia hipócrita, es decir, las pasiones disfrazadas. Sí, señores, en estos sucesos á que vamos aludiendo, solo se ha tratado de satisfacer el odio al órden, al derecho y á la civilizacion, y muy particularmente á la Religion cristiana. Nada ha sido respetado de cuanto hay respetable en el mundo, ni aun el vencido despues de la victoria, coronando el desprecio y la mofa la obra de la barbarie. Y todo esto se ha llevado á cabo en el país de la Reforma, en el foco del Protestantismo. ¡Ah! si existe una cosa que me consuele en medio de tan gran desastre y por la que doy gracias á Dios de todo corazon, es que la Iglesia católica haya sido la víctima.

Dirigid por otra parte la vista á un país vecino que siempre nos ha sido simpático, á la Irlanda, ó mas bien á un solo hombre que

ha personificado en sí á la Irlanda, O'Connell. Este hombre, verdadero católico, ¿ha dejado por eso de ser ardoroso amante de la libertad? Él ha dado un gran ejemplo al mundo y una insigne lección á los pueblos; él les ha enseñado á conocer la verdadera libertad, la libertad cristiana, y á obtenerla y conquistarla por medios legítimos y pacíficos. Y ¡ay de la Irlanda el día en que la violencia vaya á perturbar su obra! Su noble causa se perderá sin remedio desde el momento en que haga causa comun con la rebelion. Por el contrario, es seguro su triunfo si permanece fiel á la idea del gran hombre que ha comprendido la libertad como la Iglesia la comprende, y que ha bebido en su fe la inspiracion y el fuego de su patriotismo.

Pero remontémonos mas alto; miremos al Capitolio, la cima de la ciudad eterna y al mismo tiempo de todas las grandezas humanas: ¿qué advertimos en él actualmente?—Un Soberano Pontífice, que no es solo el jefe de la Iglesia, el príncipe de los Obispos y pastores, sino tambien el maestro de los Reyes y de los pueblos, bendiciendo con una mano al mundo, y concediendo con la otra la libertad á su pueblo: *urbi et orbi!*—¿Qué respuesta tan elocuente á los que declaman contra el absolutismo de la Iglesia! ¡Esta Iglesia católica, acusada tantas veces de despotismo, y presentada al mundo como el alcázar de todas las tiranías, no tiene miedo de la libertad! ¡Sabe emancipar á los pueblos! Sí; pero lo hace á su manera, es decir, segun el espíritu de Dios, con mesura, suavidad y sabiduría, á fin de no comprometer las causas santas, y en interés de los que reciben el beneficio.

Señores, un sofista negaba el movimiento en presencia de Diógenes, y este por toda respuesta echó á andar delante de él. Otro tanto ha hecho Pio IX: de la misma manera ha respondido á los sofistas de nuestra época que acusan á la Iglesia de enemiga de la libertad, y que dicen que en Roma no hay movimiento. Él ha dado libertad á su pueblo, y le ha dicho á Roma:—¡Marcha!—y Roma ha marchado, y el mundo marchará con ella.

¡Salud, Pontífice insigne! ¡Salud, grande hombre! ¡Recibid al par del homenaje de nuestra sumision, el tributo de nuestro amor y reconocimiento! Vos habeis dado al mundo un gran espectáculo, y vais á otorgarle un inmenso beneficio. Habeis bautizado con vuestras propias manos en el mismo Vaticano, sobre las reliquias de los Mártires, fundamentos de la Iglesia, la libertad del siglo; libertad salvaje, como todo lo que es natural; y al regenerarla, la

habeis hecho hija del cielo. Ya es una nueva criatura: por medio de vuestras manos se le ha comunicado la gracia: ya ha sido ingertada por virtud divina, y va á perder el vicio de su naturaleza, no floreciendo de aquí en adelante en ella mas que las virtudes divinas. ¡Así continúe creciendo y fortaleciéndose al influjo de vuestra benéfica mano! ¡así se embellezca de día en día, y se arraigue cada vez mas en el terreno movedizo del mundo, y llegue á ser como un frondoso árbol, que vivificado por una sávia divina y refrescado por el rocío celestial, extienda por toda la tierra sus lozanas ramas, sus magníficas flores y benéficos frutos, árbol maravilloso donde se posen las aves del cielo!

¡Y tú, libertad santa, hija del cielo, otorgada al mundo y alimentada por la Iglesia católica, recibe tambien nuestro homenaje mas sincero! ¡Oh Dios mio! os doy gracias por haber preparado y habernos traído este acontecimiento providencial, que dilata nuestros corazones, ensancha nuestros pechos, y reanima nuestro valor, á fin de que podamos decir á nuestros hermanos así las grandes verdades del cielo como las grandes verdades de la tierra, y hablarles con alegre corazón y serena inteligencia de lo mas grande, mas admirable y mas beneficioso que existe en el mundo; á fin de que los ministros de vuestra Iglesia, los heraldos de vuestra palabra, levanten su cabeza abatida por la calumnia mundana, y anuncien y proclamen á los hombres de buena voluntad la libertad verdadera, la libertad cristiana, la libertad de los hijos de Dios en el tiempo y en la eternidad.